# 1
# Introducción

*La creencia o increencia de que Dios existe no depende solo de la inteligencia, sino también, y en no menor medida, de la voluntad* [1].

1. Como enseñó Juan Pablo II, «si el hombre con su inteligencia no llega a reconocer a Dios como creador de todo, no se debe tanto a la falta de un medio adecuado, cuanto sobre todo al impedimento puesto por su voluntad libre» (Enc. *Fides et ratio*, 19). Un ejemplo: el Premio Nobel de Física de 1979 fue concedido a tres físicos por sus estudios sobre la «teoría electrodébil». Se trataba del pakistaní Abdus Salam, y de los norteamericanos Sheldon L. Glashow y Steven Weinberg. Abdus Salam nació en Pakistán, se doctoró y trabajó en Europa; conocido mundialmente por su trabajo científico y su empeño por aplicar la ciencia en defensa de la paz y de la solidaridad con los más necesitados. Era un trabajador infatigable y un devoto musulmán, lo que se apreciaba en su vida familiar, laboral y social. Steven Weinberg nació en Nueva York y trabajó en diversas universidades de Estados Unidos; entre sus libros, se encuentra una obra de divulgación científica titulada *Los tres primeros minutos del univer-*

La capacidad del conocimiento racional no puede aprehender el ser de Dios, porque la esencia del Ser Supremo trasciende el saber racional; pero a la vez, a medida que la razón ahonda más en las verdades últimas, percibe sus propios límites y ansía la luz de la revelación sobrenatural. De este modo la razón se abre connaturalmente a la fe. Por eso, en la introducción a la encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II escribió: «La fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo».

Sin embargo, no es infrecuente que encontremos en los medios de información, en textos de divulgación científica e, incluso, en obras que se precian de ser científicas, afirmaciones en las que

*so*, que se convirtió en un superventas, lo que evidencia la capacidad de Weinberg como escritor. Tanto en este libro, como en otros escritos muestra una actitud negativa ante la religión, llegando a señalar que «Uno de los grandes logros de la ciencia ha sido, si no hacer imposible para la gente inteligente ser religiosa, al menos hacer posible para ellos no ser religiosos. No debemos apartarnos de este logro» (S. Weinberg, *Plantar cara*, Paidós, Barcelona 2003, p. 242).

se sostiene que la razón humana o una concreta teoría científica impugna alguna aserción de la fe o incluso todo saber sobrenatural. Lo llamativo es que las relaciones –o antagonismos– entre fe y razón afectan a realidades que son esenciales para el ser humano: la existencia de Dios, el origen y fin de las personas, la vida en el más allá, la realidad del mal, el significado de la ciencia, etc. Esto explica que el vínculo entre fe y razón se presente como una encrucijada de la que depende la orientación de toda la vida –sobre todo en el ámbito del pensamiento–, e interese a la teología dogmática, a la apologética, a la filosofía y a las ciencias naturales y humanas. No es intención de este libro abarcar todos esos ámbitos; nuestro propósito es más acotado. Lo que pretendemos es mostrar que quienes se apoyan en la ciencia, o en otros ámbitos de la razón, para refutar la fe, no se basan en la razón humana, ni en la ciencia como tal, sino en el cientificismo o en un error racional.

Puesto que las ciencias empíricas son, posiblemente, las que más se esgrimen para impugnar la fe, comenzaremos señalando la compatibilidad –y, aún más, la mutua ayuda– entre fe y ciencia. Haremos después la apología del Creador manifestando que las causas naturales no pueden dar razón de la existencia del universo, y que la causalidad

divina puede realizar –y, de hecho, ha realizado– operaciones que exceden la causalidad natural (los milagros). Abordaremos el problema del mal que, para muchos, resulta la piedra de escándalo sobre la existencia de Dios[2]. Y finalizaremos con el tema de la evolución que, como procuramos mostrar, de ningún modo puede usarse para negar la realidad divina; más aún, debemos admitir que la realidad de una creación que evoluciona es muy congruente con el modo de ser de Dios, como veremos en los parágrafos 3.3 y 3.4, particularmente en el texto de la nota 123.

Ciertamente, las verdades de fe no son evidentes para la razón, y como el objeto natural de la razón es lo evidente, el acto de fe requiere que la persona, mediante su voluntad, realice un asentimiento intelectual para aceptar como verdadero y real lo que no ve con absoluta claridad ni puede

2. El mismo Weinberg en su libro recién citado que, mayoritariamente, recoge artículos y conferencias sobre la física, dedica un capítulo a la religión en el que menciona diversos sufrimientos que afectaron a sus parientes cercanos, lo que le lleva a escribir: «Los signos de un diseñador benevolente están bastante escondidos» (S. Weinberg, *Plantar cara*, cit., p. 240). Como veremos más adelante, fue también la realidad del mal lo que favoreció el ateísmo de C. S. Lewis y A. Flew.

fundamentarse racionalmente. Al mismo tiempo, difícilmente se puede encontrar una fuente de saber más extendida que la fe, sea sobrenatural o humana: las personas adquieren una gran parte de sus propios conocimientos a través del testimonio de otros, que se admiten por la confianza (*cum fides*) que se tiene en quien los testifica. Esto es muy frecuente en la vida cotidiana, pero también ocurre en el ámbito científico. Muchas de las verdades que aceptamos como tales y que tienen una influencia decisiva en la propia vida no provienen de nuestra capacidad de análisis o de la experiencia personal, sino que las hemos aprendido de los demás. Sin esa confianza, no habría sociedad ni cultura: la familia, el trabajo, la convivencia pacífica, dependen en gran medida de la confianza entre los individuos. En este sentido, la fe encuentra un lugar entre las actividades humanas más auténticas, como una forma fundamental de vivir, y también de conocer:

> «En la vida de un hombre las verdades simplemente creídas son mucho más numerosas que las adquiridas mediante la constatación personal. En efecto, ¿quién sería capaz de discutir críticamente los innumerables resultados de las ciencias sobre las que se basa la vida moderna? ¿quién podría controlar por su cuenta el flujo de informaciones

> que día a día se reciben de todas las partes del mundo y que se aceptan en línea de máxima como verdaderas? Finalmente, ¿quién podría reconstruir los procesos de experiencia y de pensamiento por los cuales se han acumulado los tesoros de la sabiduría y de religiosidad de la humanidad? El hombre, ser que busca la verdad, es pues también *aquél que vive de creencias*»[3].

Además, la relación que existe entre el creer y el conocimiento ha sido puesta de relieve desde diversas instancias científicas que señalan la importancia de las hipótesis como método de investigación, la función de la confianza como modo de relación de la persona con la realidad y de las personas entre sí, el valor de las creencias como fundamento e impulso de la vida humana, la cual solamente se puede realizar en la medida en que se proyecta hacia un futuro en el que se cree. Si el conocimiento que proviene de la fe se emplea en la esfera humana, con más razón puede emplearse en el ámbito religioso, sin que se considere un procedimiento arbitrario o irresponsable, porque el creyente confía en Dios:

3. Juan Pablo II, Enc. *Fides et ratio*, 31 (en lo sucesivo: *Fides et ratio*).

«La demostración científica hace que el espíritu se adhiera a una verdad al término de una investigación. En la fe sobrenatural, el espíritu también se adhiere y lo hace incluso con más fuerza que por un razonamiento científico, pero no por una evidencia objetiva o intelectual, inmediata o mediata, sino bajo una moción de la voluntad, es decir, del hombre que encuentra su bien en esa adhesión porque ha percibido un vínculo entre su elección y determinados valores fundamentales para su existencia. El asentimiento proviene todo de la voluntad. Pero esta palabra no debe inducir a error, pues no se trata de una facultad que actúe sobre el intelecto mecánicamente y como desde fuera: es el mismo hombre en su capacidad de tender hacia su bien»[4].

Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia Católica* recuerda: «Luminosa por aquel en quien cree, la fe es vivida con frecuencia en la oscuridad. La fe puede ser puesta a prueba. El mundo en que vivimos parece con frecuencia muy lejos de lo que la fe nos asegura; las experiencias del mal y del sufrimiento, de las injusticias y de la muerte parecen contrade-

4. Y. Congar, *La Fe y la Teología*, Herder, Barcelona 1970, p. 113.

cir la buena nueva, pueden estremecer la fe y llegar a ser para ella una tentación»[5].

De modo más breve, y con palabras de Pascal, «la fe es suficientemente clara para que el creer sea razonable, y suficientemente oscura para que el creer sea libre».

5. *Catecismo de la Iglesia católica*, 164 (en lo sucesivo: *Catecismo*).